

PUERTO RICO EVANGÉLICO

Pro Christo

Año XI

Ponce, Puerto Rico, Octubre 10, 1922

Núm. 7



Clase de Verano de Kindergarten de la Iglesia de la Marina, Mayaguez. Las jóvenes del grupo representan cuatro denominaciones como sigue: presbiteriana, bautista, luterana y cristiana.

va, contra el alcoholismo en Puerto Rico. Amparados por una ley que proteje nuestra causa, vamos adelante en nombre de la paz alterada en los hogares portorriqueños, de nuestra niñez desvalida y desamparada, de la individualidad nativa lisiada en su aspecto físico y moral y de las conciencias prôstituidas que requieren la luz gloriosa de las conciencias cristianas.



Declaración del Presidente de los Estados Unidos Sobre los Beneficios de la Prohibición Anti- Alcohólica.

En todo el país los hombres y las mujeres han tenido ahora la oportunidad de conocer lo que la prohibición significa. Saben que las deudas se pagan más pronto; que los hombres llevan a su hogar el salario que gastaban en las cantinas; que las familias son mejor vestidas y alimentadas y que más dinero se deposita en las cajas de ahorro. El tráfico de bebidas alcohólicas era un elemento destructivo de mucho de lo que era más precioso en la vida americana.

Frente a estos benéficos resultados de la prohibición ¿qué hombre consciente permitiría que su deseo egoísta lo indujera a dar su voto para que volviera el alcoholismo? Yo creo que en la próxima generación el problema de las bebidas alcohólicas habrá desaparecido no sólo de nuestros pleitos políticos, sino hasta de nuestros recuerdos.

—Warren Harding.



LA IGLESIA EVANGELICA Y LA VIDA DE LA COMUNIDAD.

Por Abelardo M. Díaz.

«Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice traspasar, y rogad por ella a Jehová, porque en su paz tendréis vosotros paz.» Jer. 29:7.

I. DEFINICIÓN DE LOS TÉRMINOS DEL TEMA.

1. Por iglesia evangélica entendemos, para los fines de esta conferencia, el conjunto de todos los creyentes bautizados que consciente y voluntariamente son miembros de las distintas denominaciones que integran el cristianismo evangélico, juntamente con los principios distintivos y la influencia especial que ejerce en el mundo dicho cristianismo evangélico. Y también por iglesia evangélica podemos entender el grupo de creyentes o grupos de creyentes evangélicos debidamente organizados en cualquier nación, estado, territorio, ciudad, pueblo, aldea o barrio rural. El término puede, pues, aplicarse a todas las iglesias evangélicas existentes en determinada región o a cualquier iglesia local existente en cualquier parte de dicha región.

Y por comunidad podemos entender el conjunto de habitantes o la sociedad en que existe, crece y actúa la iglesia evangélica. La comunidad o sociedad comprende, por consiguiente, un barrio rural, un poblado, una ciudad, un distrito, etc.

II. RELACIÓN ENTRE LA IGLESIA EVANGÉLICA Y LA SOCIEDAD.

1. La iglesia es distinta de la sociedad.

La sociedad es una organización humana; la iglesia es una organización divina por su origen, su carácter y su destino. La iglesia es una sociedad dentro de la sociedad: la sociedad de Cristo en medio de la sociedad de los hombres. «Mi reino no es de este mundo.» «Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo, mas porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso os aborrece el mundo.» Juan 18:36; 17:16; 15:19.

La comunidad es una organización civil hija del tiempo; la iglesia, una organización espiritual heredera de la eternidad. Dentro de la sociedad hay muchas instituciones buenas y necesarias, tales como las escuelas públicas, los partidos políticos, las federaciones de obreros, las cooperativas, los clubs deportivos, los centros científicos, las asociaciones para conservar y fomentar el arte, las logias masónicas y odféllicas, pero estas grandes instituciones no pueden confundirse con la iglesia, porque son fundadas por hombres y dirigidas por hombres; sólo la iglesia es fundada por Dios y dirigida por Dios.

2. La iglesia evangélica es superior a la sociedad.

Constituye la genuina aristocracia del espíritu humano. Es la verdadera flor y nata de nuestra sociedad. Es la única nobleza cuyos títulos no hay parlamento en el mundo que pueda anular. Es el reino de Dios establecido en la tierra. Es la conciencia de la humanidad. Es la encarnación de Cristo en el universo, como Cristo lo fué de Dios en la Palestina. Los autores del Nuevo Testamento, profundamente convencidos de la preeminencia de la iglesia en el mundo, la consideran como «el cuerpo de Cristo.» (Colosenses 1:24,) «la columna y el apoyo de la verdad» (1ª Timoteo 3:15.) «labranza de Dios y edificio de Dios» (1ª Corintios 3:9,) «el templo de Dios» (1ª Corintios 3:16 y 17,) «una casa espiritual, un sacerdocio santo, el linaje elegido, el real sacerdocio, pueblo ganado, pueblo de Dios,» (1ª Pedro cap. 2:5, 9 y 10,) «luz en el Señor, hijos de la luz» (Efesios 5:8,) etc. El mismo Cristo la llama «la sal de la tierra, la luz del mundo,» su redil y su familia, «mi iglesia.»

3. Pero la iglesia es, no obstante, una parte integrante de la sociedad.

Juntamente con su carácter divino posee su carácter humano, siendo hija del tiempo como lo es de la eternidad. Por una parte su cabeza se pierde en el cielo, buscando a Dios; y por otra, sus pies se hunden en la tierra atraída por los hombres. Es el miembro principal del cuerpo social, pero no por eso deja de ser un miembro. Por tanto, no puede separarse de él sin condenarse a morir.

La iglesia está sujeta, como cualquier otra organiza-

ción social, a la siempre sentida acción de la solidaridad humana. No puede eludir los efectos de esta ley universal, ni permanecer indiferente ante los complicados problemas políticos, educativos, económicos y morales que afectan a la sociedad, sea pueblo, sea ciudad, sea territorio, sea estado, sea nación o continente.

Los judíos desterrados en Babilonia, la ciudad corrompida y opresora, pensaron más o menos de esta manera: No tenemos nada que ver con esta maldita ciudad gentil; que se hunda en la orgía y en las discordias. Somos aquí aves de paso. Nuestra ciudad es Sion la Santa, la ciudad de nuestro Dios y de nuestros padres. Nuestros cuerpos están aquí, pero nuestros corazones están con nuestros hermanos que lloran sobre las veneradas ruinas y esperan el regreso de los cautivos. ¿A qué trabajar por el bien de estos paganos? ¿Qué provecho sacamos de eso? Que riñan y se exterminen todo cuanto quieren . . . ¡En no metiéndonos nosotros!

Y a estos judíos, tan exaltados en la religión como en el patriotismo, tan fanáticos por un lado que resultaban indiferentes por otro, les llegó el hermoso y persuasivo mensaje del fiel profeta Jeremías enseñándoles que ellos eran parte integrante de Babilonia y que el bien y el mal de ella sería el mal o el bien de ellos mismos. Jer. 29:7.)

La iglesia de la Edad Media adoptó la actitud de los judíos cautivos en Babilonia, y se encerró en los claustros de los conventos, dedicándose a la egoísta contemplación de los goces de la otra vida, y por eso no se interesó en combatir los males de la presente. Huyó del mundo, pensando así escaparse del diablo, sin darse cuenta que lo llevaba consigo.

La iglesia evangélica de hoy ha adoptado, en cambio, la lógica y cristiana actitud de Jeremías, y buscando la paz y el engrandecimiento ajenos obtiene, por ley de compensación, su engrandecimiento propio y su propia paz. Curando a los enfermos, conserva su salud. Disminuyendo la pobreza de los demás, se acrecientan sus caudales. Ilustrando a los ignorantes, se hace más sabia. Aboliendo la esclavitud, da libertad a muchos de sus miembros. Desterrando el licor, se vuelve más temperante. Y purificando el ambiente social, se purifica ella misma.

La iglesia evangélica es el corazón de la sociedad. Y así como en el organismo fisiológico el corazón es la fuente de donde emana la vida física, así en el organismo social la iglesia es la fuente de donde emana la vida moral y espiritual. Arrancad el corazón, y sobrevendrá la muerte del cuerpo; destruíd la iglesia, y sobrevendrá la muerte de la sociedad. El corazón recibe la sangre para distribuirla, y la iglesia la recibe para distribuirla también. Si el corazón y la iglesia monopolizasen la sangre del cuerpo fisiológico y del cuerpo social, irremisiblemente morirían. Y deben morir, porque el que niega la vida a los demás se hace indigno e incapaz de conservar la propia.

III. EL GRAN PELIGRO MODERNO.

La iglesia evangélica, imitando a Cristo, debe curar, enseñar y predicar. Debe establecer o ayudar al esta-

blecimiento de hospitales, asilos para desamparados, orfanatorios, escuelas, colegios, bibliotecas, imprentas, etc. Debe difundir los conocimientos de la medicina popular, y especialmente de la higiene entre el vecindario; debe instruir a la comunidad, ya mediante conferencias, ya mediante libros, folletos, hojas sueltas y carteles sobre cuestiones tan importantes como la pureza sexual, la educación pública y privada, los derechos y los deberes del ciudadano, la familia, el patriotismo, las diversiones; el trabajo y el capital, las cárceles, el alcoholismo, las profesiones, la filantropía, el internacionalismo, etc.

Mas no debe olvidarse de su misión esencial: la salvación y la santificación de las almas. Hoy día hay iglesias que están tan ocupadas en cuidar del cuerpo, que casi se han olvidado del espíritu, dando más importancia al marco que al cuadro, a la casa que al inquilino que en ella habita.

El gran peligro de hoy es que la iglesia por estar sirviendo a las mesas, abandone el ministerio de la Palabra de Dios. El ideal cristiano es que haga las dos cosas al mismo tiempo, pero si no puede hacer más que una, que escoja la esencial: la predicación del Evangelio. Cristo curó toda clase de enfermedades, pero nunca dijo: Yo he venido a sanar a los enfermos. Cristo enseñó a las multitudes y a personas particulares, pero tampoco dijo: Yo he venido a instruir a los ignorantes. Cristo, en cambio, dijo: «Yo he venido a llamar a los pecadores al arrepentimiento. Yo he venido a buscar y a salvar lo que se había perdido.» Antes que médico y maestro, El fué, es y será salvador.

La misión de la iglesia es primordialmente espiritual y secundariamente educativa y filantrópica. Para ella lo primero debe ser lo primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás vendrá por añadidura. Los hospitales, asilos, gimnasias, escuelas y bibliotecas no son ni pueden ser substitutos de la predicación del Evangelio, sino sus frutos naturales y visibles. Nuestras buenas obras son la externa manifestación de nuestra fe interna, pero nunca jamás sus equivalentes.

Sentí muy desagradable sorpresa al leer, en una revista cristiana, una anécdota que podía interpretarse muy erróneamente por aquellas personas que confunden los frutos con la simiente o que menosprecian la simiente mientras saborean el fruto que ella produce. He aquí la curiosa anécdota: «Se dice que en cierta ocasión una señora cristiana se ocupaba en dar café a unos soldados que se hallaban al rededor de una tienda de la Asociación Cristiana de Jóvenes en Francia, y que cierto hombre, viendo que aquella reunión era propicia para predicarles el Evangelio, dijo a dicha señora: «Hermana, hábleles algo de Jesús, ésta es una buena oportunidad.» «Estos soldados tienen frío y necesitan algo caliente.» fué la respuesta que ella dió. El hombre insistió en que les hablara de Cristo, y entonces un soldado le dijo: «Señor, ella nos habla de Cristo sirviéndonos el café.» En esta historieta hay tres culpables: el cristiano tímido que mandaba a hablar de Jesús, y él no hablaba; la caritativa señora que no quería hablar; y el ingenuo soldado que confundía el glorioso mensaje de la salvación con un buen trago de café caliente.